

MARTIN 5 FIERRO

1834 • *En el centenario*

de José Hernández • 1934

OCHENTA ESTUDIANTES ARGENTINOS EXPONEN LAS VIRTUDES DEL GAUCHO



LOS alumnos de literatura de las divisiones 1ª y 2ª de 4º año del Colegio Secundario de la Universidad Nacional de La Plata, a cargo del profesor José Gabriel, agrupados por equipos han estudiado bajo distintas fases el inmortal personaje de Hernández y lo exponen en los trabajos que, leídos oportunamente (el día 9 de Noviembre), por los mismos alum-

nos, en reunión pública del instituto, reproducimos en estas páginas. Van hoy los correspondientes a **Martin Fierro, Marido y Padre, Amigo, Ciudadano y Trabajador**; en el próximo número irán **Peleador, Narrador, Descrip-tor, Payador, Lírico y Filósofo**. La distinción de temas, aunque tiene su sentido (fácil de discer-

nit, hasta en su orden) no importa necesariamente una sumisión a ninguna preceptiva: es más bien un método de trabajo.

Se ha perseguido contribuir al conocimiento de las virtudes del gaucho, y a ese objeto debe subordinarse toda consideración.



MARIDO Y PADRE

MARTIN Fierro ya da a conocer sus sentimientos hogareños al hablar de los tiempos en que cada gaucho tenía rancho, mujer e hijos:

Yo he conocido esta tierra en que el paisano vivía y su ranchito tenía y sus hijos y mujer... Era una delicia el ver cómo pasaba sus días. (C. IIº).

Sentimientos que adquieren una fineza exquisita en esta evocación:

Y sentao junto al jogón a esperar que venga el día, al cimarrón se prendía hasta ponerse rechoncho, mientras su china dormía tapadita con su poncho. (C. IIº).

Por sí mismo, el héroe del poema de Hernández era amoroso marido y tierno padre; vivía feliz con su mujer y sus hijos, hasta que fué arreado en una leva brutal y enviado arbitrariamente a la frontera:

Tuve en mi pago en un tiempo hijos, hacienda y mujer; pero empecé a padecer, me echaron a la frontera y ¡qué iba a hallar al volver! Tan sólo hallé la tapera. (C. IIº).

Cuando la autoridad abusiva lo arrea y tiene que llevar sus pilchas, recuerda con pena el despojo de su rancho y de su mujer:

A mi china la dejé medio desnuda ese día. (C. IIIº).

No resignándose a la injusticia, a los malos tratos, a la miseria del cantón fronterizo, Fierro deserta y vuelve oculto a su casa; no se larga a matrrear, porque ese no era su gusto; vuelve a su casa, a buscar a su mujer, a sus hijos, a reanudar su trabajo, ¡y no encuentra ni rancho, ni hijos, ni mujer! El cuadro es de los más patéticos del poema:

Volví al cabo de tres años de tanto sufrir al fudo, resertor, pobre y desnudo, a procurar suerte nueva; y lo mesmo que el peludo enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho; ¡sólo estaba la tapera! Por Cristo, si aquello era pa enlutar el corazón. Yo juré en esa ocasión ser más malo que una fiera. (C. VIº).

La injusta y cruel desolación impulsa a Fierro —ahora, sí— a la vagancia. Se hará matrero; y no sólo matrero, sino hasta asesino. Mata, mitad de provocador, mitad defendiéndose, y siempre ofuscado por el despojo de que le ha hecho objeto la sociedad, a un negro atrevido y a un cantor guapo. La policía lo persigue; cuando le da alcance y de ella misma se desprende el que lo ayuda a salvarse —el otro gaucho Cruz—, Fierro le cuenta al nuevo amigo su desgracia, y lo primero que hace es decir que tenía hogar (C. IXº).

De regreso de las tolderías indias, Fierro relata su excursión en compañía de Cruz y, recordando la partida ya lejana, observa que es triste

Irse a cruzar el desierto lo mesmo que un forajido, dejando aquí en el olvido, como dejamos nosotros, su mujer en brazos de otro y sus hijitos perdidos. (C. 2º).

También recuerda que, cruzando el desierto,

al verse en tal desventura y tan lejos de los suyos, se tira uno entre los yuyos a llorar con amargura. (C. 2º).

O evoca las alucinaciones que en su soledad le producía su amor, cuando

en mil cosas cavilaba, y a una güelta repentina

se me hacía ver a mi china o escuchar que me llamaba. (C. 2º).

O bien nos hace saber que

pasa uno hasta sin comer, por pensar en su mujer, en sus hijos y en su pago. (C. 2º).

Estaban entre los indios cuando murió, atacado por la peste, Cruz. Fierro no hallaba después otro consuelo que ir a tirarse junto a la sepultura de su amigo.

Allí pasaba las horas sin haber naides conmigo, teniendo a Dios por testigo y mis pensamientos fijos en mi mujer y mis hijos, en mi pago y en mi amigo. (C. 8º).

Pero ha vuelto al pago, le dicen que los diez años de ausencia han hecho olvidar la historia antigua, y entonces se dedica a buscar a sus hijos. No busca a su mujer: sin duda cree que su pertenencia a otro, después de tanto tiempo, debe ser definitiva; pero interroga a todos por sus hijos, hasta que los encuentra. Quisiera ser efusivo con ellos; no lo es, porque

La junción de los abrazos, de los llantos y los besos se deja pa las mujeres, como que entienden el juego. (C. 11º).

El hombre que comprende

que todos hacen lo mesmo, en público canta y baila, abraza y llora en secreto. (C. 11º).

Reunidos de nuevo, los muchachos le refieren que la madre murió en el hospital, enferma de pena y de miseria; y él declara:

Les juro que de esa pérdida jamás he de hallar consuelo; muchas lágrimas me cuesta desde que supe el suceso. (C. 11º).

Luego, cada uno de los dos hijos cuenta su historia personal desde la separación, historia desdichada, ni que decirlo; y aunque tanto ellos como el padre tienen mucho que llorar, olvidan la amargura de lo pasado para entregarse a la alegría del reencuentro. (C. 20º).

Los hijos ya son grandes y están experimentados en la vida. ¿Va a ampararlos ahora el padre, cuando no pudo hacerlo mientras lo necesitaban? Pero ni aun aquí fallan los resortes anímicos de Martín Fierro: si ya, en realidad, no puede ser padre de sus hijos, será su amigo. Los aconseja, pues, pero empezando por advertir que

Un padre que da consejos, más que padre es un amigo. (C. 32º).

Toda su ciencia es de ellos, y en ella, en su ciencia, "la ley primera" es que

Los hermanos sean unidos. (C. 32º).

¡Magnífica lección cristiana la de este humilde argentino tan calmadamente acusado de sentimientos antifamiliares!

Héctor V. CAÑO - Roberto O. FERRANDO - Raúl M. González - Jorge A. Bustillo - Vicente Saiz - Jorge Mendy - Edgardo A. Scotti - Pedro Catoggio.

AMIGO CABAL

EN el poema hay varios pasajes en los que se hallan expresados los sentimientos de Martín Fierro como amigo, apareciendo en ellos el gran gaucho como símbolo vivo de la amistad y como arquetipo del compañero.

Era Martín Fierro un hombre que experimentaba vivamente ese sentimiento viril y bienhechor de la amistad; que después de una ausencia ansiaba encontrarse nuevamente con sus viejos amigos y, feliz en su compañía, llegaba hasta emborracharse, no obstante llevar a costas la enorme pena de la pérdida de su hacienda, de sus hijos y de su mujer. (C. VIIº).

Verdadero caballero de la pampa, exaltaba la figura del gaucho perseguido, para luego quejarse del aislamiento en que aquél vivía y que él mismo experimentaba. (C. VIIIº).

Después de su accidental y providencial encuentro con el aparcerero Cruz, una chispa de instintiva simpatía fraternal se encendió en el corazón de estos dos hombres, quienes juntos huyen; y aquí se manifiesta de lleno la grandeza de alma de este paladín de la amistad, que no quiere que Cruz haga su misma vida: él es un gaucho proscripto, sin ideales alcanzables, sin perspectiva alguna; pero su reciente amigo, ya íntimamente ligado a él por los vínculos impalpables del destino, lo sigue en su carrera, unidos en la desgracia. (Cs. IXº y XIIº).

Ya entre los indios, su amistad prosigue sin que ningún desacuerdo la empañe. Los mantuvieron separados dos largos años, durante los cuales sufrieron lo indecible por el aislamiento; pero de nuevo pudieron vivir juntos, y

con eso sólo se alivió su corazón. (C. 3º).

No sólo era un gran amigo Fierro, sino que unía al sentimiento de la amistad el de una profunda gratitud, como en el caso de su reconocimiento hacia el indio que los había auxiliado y protegido y que murió durante



una epidemia de viruela negra, no sin que ellos lo cuidasen amorosamente y hasta exponiéndose. (C. 6º).

Víctima del mismo flagelo, succumbió Cruz, y entonces es cuando se revela en toda su magnitud la amistad que le tenía Fierro:

Todos pueden figurarse cuánto tuve que sufrir; yo no hacía sino gemir, y aumentaba mi aflicción no saber una oración pa ayudarlo a bien morir.

Lo apretaba contra el pecho dominado por el dolor.

De rodillas a su lado yo lo encomendé a Jesús. Faltó a mis ojos la luz; tuve un terrible desmayo; caí como herido del rayo cuando lo vi muerto a Cruz. (C. 6º).

Continúa en el 7º canto la elegía de Fierro al amigo muerto, a quien sepulta cristianamente y por cuya alma ruega a Dios; luego, "andaba de toldo en toldo",

Allí pasaba las horas sin haber naides conmigo, teniendo a Dios por testigo, y mis pensamientos fijos en mi mujer y mis hijos, en mi pago y en mi amigo. (C. 7º).

También hay en el poema algún pasaje que nos revela que Martín Fierro sentía igualmente el amor caballeresco hacia la mujer que el destino había puesto bajo su protección: su defensa desinteresada de la cautiva maltratada por el indio, es la de un verdadero caballero, y no es menos caballeresca su actitud inmediata, al acompañar, con gran riesgo para sí, a través del desierto y respetuosamente, a la atribulada mujer que le pide amparo. (C. 9º). No titubea Fierro: atropella al indio brutal, pelean y lo mata (C. 9º). En seguida, le ofrece a la mujer su pingo, monta él el del pampa muerto, y emprenden la peligrosa travesía desértica, hasta que hallan una estancia, donde Fierro deja a su compañera y sigue de largo:

Ay mesmo me despedí de mi infeliz compañera. (C. 10º).

Subrayemos el término: "compañera". ¡Cómo se parecen, a través de las edades, los hombres sustanciosos!

Finalmente, en los sabios consejos que Fierro da a sus hijos y al hijo de su difunto amigo, le inspira la más tierna amistad:

Un padre que da consejos, más que padre es un amigo. Así, como tal les digo... (C. 32º).

El amigo perfecto, sin duda, que fué aquel gran hijo de nuestra tierra.

Aurelio D. LEONI - Jorge GONZALEZ LITARDO - Ernesto J. Bertomeu - Juan Carlos Bárzana - Luis M. Martín - José A. Limousin - Marco A. Poggio - Juan C. Freire Señorans.

YA en el canto IIº, al evocar Martín Fierro la vida anterior de los paisanos argentinos y compararla con la de su momento, dice que entonces

Estaba el gaucho en su pago con toda seguridad; pero aura... ¡barbaridá! la cosa anda tan fruncida, que gasta el pobre la vida en juir de la autoridad.

Habla en seguida de las arbitrariedades de la autoridad local con los gauchos:

Ay comienzan sus desgracias, ay principia el pericón; porque ya no hay salvación; y que usté quiera o no quiera, lo mandan a la frontera o lo echan a un batallón.

Así empezaron mis males, lo mesmo que los de tantos... (C. IIº).

En efecto, estaba Fierro una vez en una reunión divertida, cuando el juez de paz

se presentó, y ay no más hizo una arriada en montón (C. IIIº)



Martín Fierro pudo salvarse momentáneamente con la fuga; pero ¿a qué huir, si él no había hecho nada malo? El respeto a la ley y a la moral le costó su desgracia:

Yo no quise disparar: soy manso y no había por qué. (C. IIIº)

El juez lo tenía señalado. ¿Por qué causa? No por haber asesinado ni robado ni siquiera faltado al respeto a nadie: por haber querido ser simplemente hombre trabajador, desilusionado con justo motivo de las distracciones a que los inducían los puebleros con pretextos que en último término redundaban en perjuicio del campesino:

en la última votación... Me le había hecho el remolón...

Que sean malas o sean güenas las listas, siempre me escondo. Yo soy un gaucho redondo y esas cosas no me llenan (C. IIIº)

El caso es que Fierro tiene que ir al cantón, en la frontera, presuntamente a combatir a los indios, en realidad, a eso, a trabajar para el interés particular de los jefes y a sufrir la última miseria y la última injusticia:

Porque todo era jugarle por los lomos con la espada.

Y ¡qué indios ni qué servicio! ¡Si allí no había ni cuartel! Nos mandaba el coronel a trabajar en sus chacras, y dejábamos las vacas que las llevara el infiel. (C. IIIº).

Castigándolos por nada o haciéndoles trabajar para el jefe, lo que menos hacían con los gauchos en la frontera era instruirlos ni armarlos para satisfacer el aparente objeto de su presencia allí, ni aun para dotarlos de defensa personal. (C. IIIº).

No era eso sólo, pues las armas, o no las había porque no llega-

CIUDADANO

ban, o no las había... porque se negociaba privadamente con ellas:

Y chamuscao un sargento me contó que las tenían, pero que ellos las vendían para cazar avestruces... (C. IIIº).

Pagar ¿qué iban a pagarles?

Del sueldo nada les cuento, porque andaba disparando. (C. IVº).

Se les debían meses de sueldo a los gauchos soldados. Si alguna vez les pagaban uno, era para que renunciassen a los demás, con el favor de cobrar ese. Y ese que cobraban se lo sorbía íntegro el pulpero que, en connivencia con el jefe, los explotaba haciéndoles que se empeñasen con vicios o con chucherías:

Era un amigo del jefe que con un boliche estaba...

he visto negocios feos, a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren la barunda componer. Para eso no ha de tener el jefe que esté de estable más que su poncho y su sable, su caballo y su deber. (C. Vº).

Pero no consigue fugarse sin experimentar una fuerte injusticia más: confundido una noche, en la palizada del fortín, por un centinela gringo borracho, se salva milagrosamente del tiro que larga el enganchado, pero el aviso se alborota y empieza la función:

Quedó en su puesto el nación y yo fi al estaquiadero. (C. Vº).

Algo de rencor y algo de apasionamiento lugareño hay en el odio que Fierro le cobra al gringo; pero también algo de justificable y mucho de explicable:

Yo no sé porqué el Gobierno nos manda aquí a la frontera gringada que ni siquiera se sabe atracar a un pingo. ¡Si creerá al mandar un gringo que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo, pues no saben ni ensillar, no sirven ni pa carniar, y yo he visto muchas veces que ni voltiadas las reses se les querían arrimar.

Y lo pasan sus mercedes lengüetiando pico a pico, hasta que viene un milico a servirles el asao; y, eso sí, en lo delicados parecen hijos de rico. (C. Vº).

Fierro logra escapar y vuelve, oculto, a su pago: sólo halla la tapera de su rancho y, en ella, ni mujer ni hijos ni cosa alguna. Jura ser malo:

Ñó hallé ni rastro del rancho: ¡sólo estaba la tapera! Por Cristo, si aquello era pa enlutar el corazón. Yo juré en esa ocasión ser más malo que una fiera. (C. VIº).

No es suya la culpa:

Yo he sido manso primero y seré gaucho matrero en mi triste circunstancia... (C. VIº).

Desertor y despojado, sólo puede largarse a vagar:

De carta de más me vía



sin saber a dóndeirme; mas dijeron que era vago y entraron a perseguirme. (C. VIIº).

Unico acto reprochable de su vida, se embriaga en un instante de olvido de sus penas y provoca a un negro, al que mata en pelea, teniendo que ir mucho más allá de lo que pudiera haber pensado; y luego, como

nunca se achican los males, van creciendo poco a poco, (C. VIIº)

se ve provocado a su vez por un guapo y debe cometer una segunda muerte, lo que le obliga a ocultarse más todavía:

Monté y me encomendé a Dios, rumbiando para otro pago; que el gaucho que llaman vago no puede tener querenca, y así, de estrago en estrago, vive llorando la ausencia.

No tiene hijos ni mujer, ni amigos, ni protectores; pues todos son sus señores, sin que ninguno lo ampare. Tiene la suerte del güey, y ¿dónde irá el güey que no are?

El nada gana en la paz y es el primero en la guerra; no le perdonan si yerra, que no saben perdonar, porque el gaucho en esta tierra sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos, para él las duras prisiones, en su boca no hay razones aunque la razón le sobre; que son campanas de palo las razones de los pobres. (C. VIIIº).

La justicia lo persigue; al fin, tiene que hacer frente a la partida policial: no es su gusto, es su obligación, lanzado a aquella vida. Y pelea francamente; y es tal el denuedo que pone en defender su vida, que cautiva al propio jefe del pelotón, otro gaucho perseguido que sólo por un momento de flaqueza ha podido pactar treguas con el adversario, el valiente Cruz, que se pone de su lado y lo ayuda a salvarse. (C. IXº).

Cuando se ven libres del adversario, Fierro y su nuevo amigo Cruz se detienen a comentar su suerte. No se aparta en una letra el comentario de Cruz del de Fierro:

Con el gaucho desgraciado no hay uno que no se entone; la menor falta lo espone a andar con los avestruces. Faltan otros con más luces y siempre hay quien los perdona. (C. XIº).

Con razón puede decir Fierro: Ya veo que somos los dos astillas del mismo palo. (C. XIIIº).

Juntos se van al desierto, a vivir con los indios. Allí muere, atrapado por una peste, Cruz; Fierro, agobiado por la muerte de su amigo y no hallando tampoco la justicia entre los hombres, mata a un indio en defensa de una cautiva blanca, y vuelve a huir, pero ahora, de regreso a las poblaciones cristianas:

Me voy —le dije— ande quiera, aunque me agarre el Gobierno, pues infierno por infierno, prefiero el de la frontera. (C. 10º).

Este acto indica que Fierro ni aun hostigado hasta el límite por la arbitrariedad era verdaderamente rebelde. Acaso, al contrario, su dicha consistiese en obedecer; pero, eso sí, en obedecer a la autoridad leal. Por eso, tal vez, toda su doctrina social y, más que su doctrina, su sentir, se resume en los versos transcriptos del canto Vº en que, refiriéndose al modo de "componer la barunda", dice:

Para eso no ha de tener el jefe que esté de estable más que su poncho y su sable, su caballo y su deber.

Instintivamente (porque la vida se lo enseñaba, y es la enseñanza eficaz) Fierro, hombre humilde como todos los que han llegado a saber algo, sabía que el vínculo económico deteriora la intención de los hombres, y pedía un apóstol bastante ahincado en su fe o en su pura ambición de gloria para no dejarse extraviar por la riqueza. A ese, Martín Fierro lo habría seguido ciegamente, como todo el gaucha-je siguió a Rozas.

Ival ROCCA CAMPAÑARO - Abraham RAJMAN - Oscar R. Delloca - Domingo C. Rey - Oreste G. Fumagalli - Daniel Busteros - Antonio D. Arraga - Alberto O. Spinelli.

TRABAJADOR

HABLANDO de la miseria del indígena, dice Martín Fierro:

No sabe aquel indio bruto que la tierra no da fruto si no la riega el sudor. (C. 4º).

Y en otra ocasión, cuando aconseja a sus hijos, advierte:

El trabajar es la ley, porque es preciso alquilar.

Debe trabajar el hombre para ganarse su pan; pues la miseria, en su afán de perseguir de mil modos, llama a la puerta de todos y entra en la del haragán. (C. 32º).

Antes de que la arbitrariedad ciudadana lo atropellase, Martín Fierro vivía en su pago con su mujer, sus hijos y su hacienda (C. IIIº), y es de suponer que su hacienda se la trabajaba él mismo, pues el gaucho no conocía la explotación del hombre por el hombre o, mejor dicho,

la conocía, pero no la practicaba. Cuando está en la frontera, a donde lo han llevado a la fuerza y para destrozar su vida, además de tener que proporcionarse por su mano el sustento, debe trabajar en las chacras del coronel, desde luego gratuitamente:

Yo primero sembré trigo y después hice un corral. Corté adobe pa un tapial, hice un quincho, corté paja... ¡La pucha! que se trabaja sin que le larguen ni un rial (C. IIIº)

Corrido de tierra cristiana por la injusticia, Martín Fierro vive un tiempo entre los indios; pero como también allí sufre injustamente, regresa a las poblaciones, a ver si al fin lo dejan tranquilo y halla trabajo:

Me he decidido a venir a ver si puedo vivir y me dejan trabajar. (C. 1º).

Su aspiración está sustentada en su aptitud:

Sé dirigir la mansera y también echar un pial; sé correr en un rodeo, trabajar en un corral; me sé sentar en un pértigo lo mismo que en un bagual. (C. 1º).

No se puede, pues, dudar de la condición de trabajador del gaucho, a quien, empero, los más benévolo sólo lo reconocen pastor, como quien dice, ocioso con pretexto plausible. Era, sí, pastor el gaucho; pero, en primer lugar, no como el pastor de las églogas tradicionales, que apenas tienen que hacer en su oficio o se lo encargan a los perros, mientras ellos cantan o tocan la zampona o el rabel: el pastoreo del gaucho era jineteo, domar, enlazar, bo-

lear, herrar, rodear, conducir por la inmensa llanura, en homérica contienda varonil, millares de reses; y en segundo lugar, como acabamos de ver, era también agricultor y no estaba esperando al gringo ni a nadie para encomendarle la tarea de las industrias rurales necesarias.

Dende chiquito gané la vida con mi trabajo

dice en otra parte Fierro (canto VIº). Por eso es capaz, como no lo ha sido nadie antes ni después, de evocar con sentimiento el trabajo de la pampa libre, donde en realidad el trabajo no era trabajo,

más bien era una junción. (C. IIº).

Sólo confundiendo adrede la esclavitud con el trabajo se puede atribuir haraganería a nuestros paisanos.

Eduardo H. DEL BUSTO
- Alberto LECOT - Julio J. López - Luis Herrera - Martín Mujtar - Luis Grosso - Rubén A. Veronesi - Jerónimo A. Sturla



Señor D. José Hernández:

Tratándose de juzgar un libro, ni usted ni yo gustamos de hacer floreos literarios, yendo siempre derechos al bulto, al punto objetivo o, como quien dice, al eje o muelle espiral sobre que describe su rotación el argumento. Aplicando tan económico sistema para darle mi opinión sobre "Martín Fierro", no me detendré en decir dónde faltó a las leyes de la rima, ni cuál ripio debiera desaparecer, ni si hay este o aquel concepto contrario de la buena prosodia.

Sólo juzgando ensayos juveniles es pertinente detenerse en la parte elemental de la composición; pero como usted, a lo que entiendo, no está en el caso de aprender el mejor empleo de las sinalefas y otras figuras didácticas del divino arte, voy sin rodeos a manifestarle mis impresiones.

Repetidas veces he saboreado las bellezas contenidas en las bien descritas aventuras de su héroe, creación bellísima por la doble faz, riente y sombría, con que se dibuja en gigantesco relieve, esto sin contar con lo sabroso de la crítica con que usted decora su admirable cuadro.

Su trabajo, escrito sin duda por mero pasatiempo, responde a tendencias dominantes en su espíritu, preocupado desde larga fecha por la mala suerte del gaucho; y es la manifestación cumplida de sus simpatías en favor de esos pobres parias, condenados por los abusos del poder a vivir constantemente armados del sable, creando y destruyendo situaciones que siempre concluyen por serles adversas. En las luchas civiles, la peor parte ha sido para ellos; y durante la paz armada en que los caudillos han mantenido la República, el campamento y los fortines los han alejado de la vida laboriosa y de los sagrados vínculos del hogar, relajando la constitución de la familia y bastardeando las generaciones: convirtiéndolos en nómades habitantes de nuestras inmensas praderas, cuando

no están sujetos al yugo del servicio. que es un lote en el repartimiento de los bienes de la libertad por cuya conquista tantos años han pugnado.

"Martín Fierro" es la encarnación de la multitud: órgano reproductor del lamento de los gauchos sujetos al bárbaro servicio de fronteras que, como una

MARTÍN FIERRO ES LA ENCARNACIÓN DE LA MULTITUD

onda poderosa, viene a estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos.

Si aquí tuviéramos un público capaz de reivindicar los derechos del hombre y del ciudadano, agredido en el habitante nativo del campo, su libro habría producido el efecto maravilloso alcanzado en la América del Norte por "La Cabaña de Tío Tom", porque uno y otro son producto de la más sublime filantropía. Levantar una raza abatida, devolviéndole las condiciones civiles y políticas que el abuso arrebató atrevidamente, es la tendencia de ambos libros; allá se atacaba una institución legal, y sin embargo triunfó el grito de la naturaleza, en tanto que aquí el pobre gaucho es flagelado sin derecho y por un simple abuso de fuerza.

Lo dicho, relativamente al objeto, y por lo que respecta a su tipo, no vacilo en decirle que, sin pretenderlo, ha dejado usted muy atrás a nuestros payadores en cuanto al fondo y oportuna elección de

la estrofa. La décima no la usa el gaucho sino en composiciones breves de amor o en felicitaciones, y el romance asonantado nunca; evitando estos escollos y haciendo uso del sexteto octosílabo, la imitación de los trovos campesinos es perfecta.

Los que han manejado este género entre nosotros, poseyendo el medio literario, desconocían las peculiaridades de moral, de filosofía, de religión y de política, que hacen del gaucho un ser excepcional, difícil de medirlo en el carabón de los compadritos dicheros.

El "compadre" en la campaña es la depuración incorrecta de la sencillez rústica que, perdiendo todo su sabor original, se aproxima y entremezcla con el "compadre" de la ciudad, degeneración correcta del habitante culto; y en esa zona que deslinda la civilización de la barbarie, los predios rústicos de los urbanos; término medio del estado social argentino, se desenvuelve la existencia bullanguera del tipo estudiado para representar al gaucho, y que en su eterna manía de espectacularizarse hace grotesco lo que es bello.

En este concepto usted se halla en condiciones ventajosas para desarrollar su tesis, porque habiendo vivido por mucho tiempo en contacto con el gauchaje de las cuatro provincias litorales, y siendo, como es, un observador fino y de criterio, tenía que ofrecernos en sus cuadros la verdad, eterna fuente de la belleza; y si a esto se agrega un fácil manejo de la lengua y gran respeto a los preceptos literarios, terminaré diciendo: que ni como aspiración noble a favor de los habitantes del campo, ni como crítica de los abusos cometidos en el servicio de fronteras, ni como interpretación del gaucho moralmente juzgado, he tenido hasta hoy la ocasión de leer algo que le aventaje.

Queda de usted S. S. S. y amigo.

Mariano A. Pelliza

Marzo 27 de 1873.

Costeó este número el Colegio Secundario de la Universidad Nacional de La Plata, por resolución de su rector, doctor Alfredo D. CALCAGNO. Los clisés fueron donados por "CRITICA" de Buenos Aires y "EL DIA" de La Plata. Impresores, ZANETTA HERMANOS, 8 número 820, La Plata, Buenos Aires.